

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN



*La Espiral*  
EdiciónKa  
Tenerife, 2006

## SOBRE *LA ESPIRAL*, DE SABAS MARTÍN

**N**o voy a faltar al respeto a Sabas Martín, a quien tanto aprecio, empezando mi intervención con esa serie de epítetos celebratorios de uso común: que si es el más de lo más, que si es de los más, que si está entre los más... De lo que sea. Porque sería como decir nada. Es el recurso que utilizan por igual los ministros del ramo en la necrológi-

ca de un reconocido hombre de letras, y los reseñistas de ocasión para saludar a un recién llegado que ni promesa es... Por eso me extraña siempre que los afectados no se sientan incómodos, y hasta se les vea satisfechos por elogios como esos, que no lo son. No recurriré a tales tópicos. De Sabas Martín diré que es escritor. Que no es poco. Y que me sorprende –y en cierto modo envidia– su

capacidad para el ejercicio de la escritura: igual aborda una narración que un ensayo; la crónica o el texto dramático que el poema. Y siempre con particular esmero y buscado rigor.

Para mí *La Espiral*, este libro que ahora presenta aborda una cuestión fundamental, que –además– parece dejada de lado por nuestra literatura de hoy, tan dada ella a *lo conveniente* y poco más; tan satisfechos los escritores con dar fe de lo evidente y lo efímero, creyendo que la actualidad lo es todo... Esa cuestión fundamental que digo es la memoria y cuanto la memoria nos revela acerca de la existencia y del ser, pero también –otra cosa que parece no tomarse en consideración, como si fuera subsidiaria– acerca del lenguaje como *espíritu* que anima a la una y al otro. Me apresuro a advertir, para que no se me malinterprete: cuando digo memoria no pienso en los recuerdos, ese pasado que se trae al presente, para solaz nostálgico en lo ya ido, y de qué vale repetirlo. No. Memoria es un espacio que se dilata hasta el principio, y en el cual debemos precipitarnos –lo que quiere decir arriesgarnos– si queremos entrar en la complejidad de la verdad que somos, y sin la cual nada entenderemos porque quedamos demediados. Dije, además, que cosa de lenguaje. Pues la trampa en la cual caemos, por comodidad y rutina, es simplemente *contar* lo pasado o sabido, pero con una escritura remontada, pura retórica de la redundancia, y

creemos hacer literatura. Cuanto acabo de decir tiene que ver con este viejo oficio de la palabra, hoy tan devaluado por la presión mediática y porque andar por tales profundidades se tiene por una pérdida de tiempo. Incluso, ya, cuando de poesía se trata.

Hace años, Sabas Martín me pasó el original de este libro, en el que entonces todavía trabajaba. Por el estado en que se hallaba entonces este poemario, no podía contar con elementos de juicio suficientes, y sólo alcancé a hacerme una vaga idea de lo que nuestro escritor pretendía. Y de eso hablamos, creo, en aquel momento. Ahora que lo releo completo, acabado, comprendo –antes que nada– el sentido de su título en función de lo que acabo de decir: *espiral*, una imagen que es, a un tiempo, estática y dinámica, gracias al efecto que produce en la mirada. Algo primordial aquí, como he señalado: la espiral, por una parte, desciende hasta el principio para, de forma inmediata y complementaria, desplegarse hacia el exterior, arrancando precisamente desde aquel fondo para abrirlo a la respiración, como se hace después de un largo margullo al encontrarnos con el aire reparador. Ese, el movimiento de la escritura aquí; y por ello se identifica con una experiencia existencial que nada es sin alongarse hasta la memoria y circular por ella. Cuanto Sabas Martín dice en estas páginas, no viene hacia nosotros, acomodados lectores, nos hace ir y aventurarnos por ese

otro lado que también somos; y erramos si tenemos a los sucesos por cosa primordial, aunque asomen, aquí y allá, en estos poemas; como asoma también la realidad reconocible del mundo insular.

De ese modo, vemos que no resulta prescindible (bien al contrario) ese “movimiento en espiral” por donde el escritor comienza. ¿Explicación? Diría, mejor, aviso para navegantes en ese pié-lago de la memoria; para que sepamos a qué atenernos en lo que viene después, que no va a ser tan sencillo: “homenajes, parodias y prosaísmos deliberados (...) reinterpretaciones de temas, motivos y símbolos (...) recuperaciones y recreaciones de sus formas métricas”. Véase la clase, que diría Galdós: no aceptar las cosas, ponerlas en entredicho de forma *deliberada*; o verlas siempre de nuevo (no una vez más; como si fuese la primera vez); y para conseguirlo, habérselas con las formas métricas, que dice. Creo que ahí se ha mostrado demasiado tímido nuestro escritor: lo que acaba siendo sacudido por él, de forma muy particular, es el ritmo, más que las formas métricas que son su obligado corsé. Y lo dice, aunque pueda pasar inadvertido para algunos: “íntimo y enemigo/ rumor/ en la constancia de la sangre”. No sé si pecho de redundante al hacer que nos detengamos a pensar, para que se vea lo que quiero decir, en ese rumor, en ese latido orgánico y su compás. Lo que sí me parece necesario advertir es cómo, al igual que avanza por la memoria como espacio primordial, Sabas Martín

va a la clave, al centro neurálgico de toda escritura: el ritmo, que es la sintaxis, espacio en donde reside la verdadera energía que da sentido a la escritura (la sintaxis siempre la semántica); lejos de atarse al significado (lo que supondría quedar en lo sabido) se disgrega en sentidos y permite establecer una distancia reflexiva que en el texto se dilucida, al dar fe de la experiencia que en el ejercicio de la poesía se cumple y completa.

Porque, a pesar de su peculiar estructura, a mí no me cabe ninguna duda de que *La Espiral* es un libro de poesía y, por serlo, nos propone una forma diferente de leer el texto, que presupone también una forma diferente de leer el mundo que contiene. El poeta escribe y piensa lo que escribe, en dos discursos separados que yo entiendo paralelos; discursos, además, que se zafan de la disciplina impuesta por la escritura –para mí, ni prosa ni verso: la una mirándose en el otro mientras dialogan entre sí– y que habremos de reconocerlos como voces, como una doble respiración de aquel organismo que decíamos cuya manifestación corporal es la memoria. Si se me obligara a decir qué es *La Espiral*, yo diría –sin pensarlo un momento– que se trata de un *oratorio*; porque su unidad se reconoce en su fragmentación, en esas dos corrientes de voces que confluyen, a través de las cuales se manifiesta una palabra colectiva –canto coral– alzada en celebración comunitaria al tiempo que desciende, en una reflexión individual, hasta el fondo del ser; *oratorio* también, porque,

al diversificarse los discursos y encontrarse y dispersarse, se produce una agitación dramática que resulta intrínseca a su movimiento.

Escribir y pensar, a un tiempo, he dicho. Pero Sabas Martín advierte, y muy oportunamente por cierto, que su propósito es reinterpretar y recrear motivos y formas; ello es, que su ejercicio supondrá una intervención y participación en esa materia que es la memoria. Si nuestro poeta, como han hecho tantos, se hubiese limitado a *hacer uso* de la historia, de la geografía, de la vida en las Islas, aderezándolo todo con un tono grandilocuente y una caligrafía rehilada, hubiesen sido vanas tales alforjas en un viaje como éste. Lo señala, en algún momento: “El recuento sólo dice, no transforma lo que nombra”. Nada, pues, de explicaciones, ni de repetir lo tantas veces contado; el poeta llega, y nos lleva con él, hasta un límite (adonde también empuja a su palabra) en el cual se abre la demasía buscada como necesaria, eso que falta para completar una experiencia existencial que es muy compleja puesto que no goza de seguridades, porque en la incertidumbre se ha reconocido siempre. Y llegados a este punto de no retorno, la reacción no puede ser otra que la perplejidad, esa iluminación instantánea que nos desconcierta y nos sorprende, porque allí la palabra fija el descubrimiento de algo que sólo puede ser insinuado, que el lector debe hallar —como el poeta ha hecho también— en lo no dicho, en el hueco dejado

por lo que el texto consigna, o en su revés (“luz a la que aspiro sabiendo que es envés de oscuridad lo que a tientas de bruces me ilumina”). Una tentativa, por tanto; una luz que en oscuridad se manifiesta.

Nada de seguridades. La escritura que, desde las Islas, se incorpora a la lengua común, y mueve sus aguas quietas en un diálogo que aún sigue sin ser del todo entendido (ni allá ni acá, todo sea dicho), halla su razón —y por eso es fundamentalmente poética— al negar la condición asertiva tras la cual se parapeta y busca seguridades la lengua española peninsular. Leamos: “Dudo: ¿preferible establecer un otro nivel?, ¿optar quizá por el diálogo crítico?, ¿enfrentar la imagen idealizada con la realidad escueta?, ¿refutar la exuberancia de las palabras con el rastro de mi perplejidad?”. Se trata de una forma de confesión, téngase en cuenta. Todo el libro puede resumirse en ese temblor, porque de dar carta de naturaleza a lo propio se trata, sin por ello caer en esas presuntuosas seguridades que llevan, inexorablemente, hasta estereotipos gastados que nada dicen. Al ser una escritura poética, lo suyo es la verdad; y ésta queda como testimonio de una experiencia que es, al propio tiempo, entrañamiento y extrañamiento: “En la luz que es más que la luz toco el hueco rotundo de la existencia, la transparencia oscura que la sostiene”. De nuevo, la espiral y su movimiento, como el vértigo oceánico al cual pertenecemos. Que eso somos.